

Pensar contra la barbarie

Demetrio Velasco Criado *

José Antonio ZAMORA, *Theodor Adorno. Pensar contra la barbarie*. Editorial Trotta. Madrid 2005.

La aparición de esta obra, en un momento en el que la opinión pública está recordando el sesenta aniversario de Auschwitz, me parece especialmente oportuna. Su calidad viene a enriquecer esa meritoria tarea intelectual que diferentes teóricos vienen desarrollando y que refleja una nueva forma de pensar la realidad, que podríamos denotar con conceptos ya tan emblemáticos como la "memoria passionis" o "la justicia anamnética".

Tras leer la introducción, el lector está advertido de que la obra que tiene en sus manos no sólo es una monografía claramente apologética de Adorno, con quien el autor siente una especial sintonía, sino una explícita invitación a identificarse con él y a seguir sus huellas. Frente a quienes puedan pensar que el pensamiento de Adorno ha quedado superado, el profesor Zamora afirma que "confía poder convencer a sus lectores de la actualidad de Adorno, del valor de su pensamiento para el presente" (p.12). Quiere resaltar, desde un primer momento, que la insistencia adorniana en denunciar la negatividad

de lo existente no sólo no es "una cómoda instalación en aquel Gran Hotel 'Abismo' de que hablara G. Luckács", como argumentan los detractores de Adorno, sino "el resultado de una ascética comprometida con la realización de la esperanza", porque, según la convicción del propio Adorno, "no mantenerse en la insistencia de lo negativo, pasar demasiado rápidamente a la afirmación de lo positivo, favorece en realidad la perpetuación de lo existente falso, más que servir a su superación" (p.13). Por eso, subraya "el talante intelectual y la insobornable honestidad" de Adorno al compararlo con esos críticos que no sólo no comparten su ardor combativo y revolucionario, sino que, parafraseando la imagen luckasiana, "se han instalado en el Gran Hotel de la maquinaria cultural e incluso algunos han llegado a rebautizarlo cínicamente con el nombre de Hotel 'Paraíso', el Gran Hotel de 'lo que hay'".

Estamos ante un texto que, además de reflejar un profundo conocimiento, acreditado por un abundante y pertinente aparato crítico, está bien elaborado y cuidadosamente redactado, cualidades que se agradecen cuando se trata de introducirse en la lectura de un autor difícil como Adorno. El lector ve así aligerado su esfuerzo y avanza en la lectura con la satisfacción de ver bien empleado su tiempo. Para mí, es un pla-

* Universidad de Deusto. Bilbao.

cer presentar esta obra y recomendar encarecidamente su lectura.

La obra se articula en seis capítulos que merecerían una pormenorizada presentación, dada la riqueza de su contenido. Obligado por la escasez de espacio, me limitaré a hacer alguna breve observación al hilo de los epígrafes que los introducen y que los ordenan. "Después de Auschwitz" es el título del primer capítulo que se inicia con el subapartado "Modernidad y Barbarie", en el que el autor afirma rotundamente que, hoy, a pesar de signos aparentemente positivos como la caída del Muro o la extensión de la democracia de masas, no podemos seguir utilizando una optimista historización evolutiva de la modernidad, porque, "después de Auschwitz e Hiroshima, a la vista del destino que sufren los empobrecidos del Tercer Mundo y de la amenazante inhabitabilidad del planeta, ha caído rota en pedazos la identificación aparentemente inquebrantable entre Modernidad y progreso, a pesar de las repetidas y sorprendentes resurrecciones desde sus propias cenizas, y ha quedado cuestionada, quizás definitivamente, la contraposición algo simplista entre Modernidad y barbarie que sustentaba el *gran relato* del progreso civilizador como rasgo constitutivo de las sociedades modernas" (p. 22). Por el contrario, los hechos no permiten "albergar dudas sobre la existencia de un vínculo entre Modernidad y barbarie, incluso sobre la existencia de una barbarie específicamente moderna" (p. 23). La prueba de esta afirmación estaría en el genocidio, la forma más extrema de barbarie. "La Modernidad puede pasar a la historia como la época de los genocidios", porque la lógica inmanente que la alimenta, el sistema de estructuras, instituciones y comportamientos que ha producido tiene una importancia, más que cuantitativa, cualitativa, pues "su violencia mortífera y aniquiladora ha buscado algo más que el mero asesinato de seres humanos: la total liquidación y

destrucción de las víctimas sin dejar huella ni eco de ellas" (p. 24). La originalidad de Adorno está en que, desde "su consciente contemporaneidad de Auschwitz", creó un modelo epistemológico capaz de desentrañar la dialéctica de la Ilustración, de superar tanto el optimismo idealista como el pesimismo catastrofista inscritos en su corazón, y de replantear de raíz las relaciones de los seres humanos consigo mismos, con la naturaleza y con los demás. Las aporías que nacen de la necesidad de pensar después de Auschwitz, de partir del testimonio necesario e (im)posible de las víctimas, de los límites de la representación estética, son cuestiones decisivas que Zamora aborda con lucidez y agudeza. Una vez leído este denso e importante capítulo, el lector se siente implicado en esta herencia de la modernidad genocida y emplazado a hacer propias las aporías de la dialéctica negativa.

En el capítulo segundo, titulado "La civilización devora a sus hijos", el autor presenta un Adorno para quien la barbarie de la que es testigo aparece como compañera inseparable de la cultura misma. La Dialéctica de la Ilustración, cuya parte final sobre el *antisemitismo* constituye el marco teórico de la investigación empírica, "pretende captar y dar expresión a esta dialéctica de asimilación, es decir, a la trampa de la promesa de igualdad de la Ilustración, cuyo reverso siempre fue la presión a la homogeneización..." y que "no es un fenómeno marginal, sino la revelación violenta de la esencia del orden social, la irrupción de los potenciales de represión acumulados en la historia natural de este orden" (pp 68, 70). La dominación y explotación de la naturaleza asociada a la dominación y explotación de la sociedad y del sujeto humano, legitimadas desde una industria cultural mercantilizada y represora de la autonomía y de la libertad, son la expresión necesaria de una razón instrumental y de un sistema capitalista cada vez más

hegemónicos. El análisis de la industria cultural y de sus efectos letales sobre la libertad y la experiencia humanas, tan significativas a la hora de reflejar el fracaso civilizatorio simbolizado en Auschwitz, presenta un especial interés.

El capítulo tercero, titulado "La dialéctica de la Ilustración: protohistoria de la Modernidad catastrófica", es de capital importancia para conocer la originalidad del pensamiento adorniano, que Zamora subraya frente a otras interpretaciones. Se inicia con una pregunta que plantean Adorno y Horkheimer, en el prólogo de su obra, ante el mencionado fracaso: "¿por qué la humanidad, en vez de alcanzar un estado verdaderamente humano, se hunde en una nueva forma de barbarie?". Zamora resume así la respuesta. "El resultado de su pesquisa es tan conocido como sorprendente: la barbarie que el siglo XX nos pone ante los ojos no es la obra de fuerzas atávicas o poderes irracionales que irrumpen inopinadamente a contrapelo del curso de la historia, sino el resultado del mismo proceso de emancipación del que ha surgido la sociedad moderna y que ella reclama para sí" (p. 125). Esta constatación, sigue comentando el autor, les impide "recurrir afirmativamente a los potenciales no desarrollados de la Modernidad para hacer frente a la evolución catastrófica de la 'modernización' y les empuja por la senda de la dialéctica negativa". "Ésta es la razón de que no estuvieran interesados en resolver dichas contradicciones en el plano del pensamiento. Su reacción no consistió en saltarse hacia atrás la historia cultural de Occidente en busca de un origen incólume (Heidegger), en establecer el fundamento incontrovertible de un concepto alternativo de razón (Habermas) o en saludar alegremente la plurificación desreguladora de los discursos coexistentes a pesar del mono-dominio persistente (posmodernismo), sino más bien en insistir en las aporías y detenerse en ellas" (pp 127-128). El análisis de

las aporías de la modernidad les permite hacer la guerra al olvido y rescatar la memoria, posibilitando así la *anamnesis* que, en contra de la creciente *amnesia* que recorre la historia, abra el camino de la humanización. Zamora critica la interpretación que Habermas hace de la *Dialéctica de la Ilustración*, quien dice que ésta rezuma una filosofía negativa de la historia, que identifica la historia como "un proceso dominado desde el comienzo hasta el día de hoy por una razón instrumental juramentada con una autoconservación ciega y salvaje. Ni la ciencia ni el derecho, ni la moral ni el arte, se sustraen a este proceso, de modo que no se puede obtener ya ninguna fuerza crítica del contenido racional de la modernidad cultural conservado en los ideales burgueses (e instrumentalizado también con ellos)". Habermas, al concluir que "así la crítica se haría imposible por total e incurriría en contradicciones preformativas", parece olvidar aspectos importantes de la obra de Adorno, inspirados en Horkheimer, Lukács o Benjamín, que le impiden hacer otra interpretación más favorable de la misma, algo que Zamora realiza encontrando claves para la misma en dichos autores. Concluye así el capítulo: "De lo que trata la *Dialéctica de la Ilustración* es, pues, de la dialéctica entre la constitución del yo y su negación, entre el dominio de la naturaleza y su destrucción, entre el progreso y la regresión, entre la universalidad del intercambio y la liquidación del individuo. El diagnóstico de un fracaso fáctico de la Ilustración no debe confundirse, pues, con su feliz cancelación posmoderna. Adorno insiste en que "las heridas que en la totalidad irracional le ha abierto a la humanidad el instrumento razón se sana con un plus y no con un menos de razón". Y ese plus sólo se alcanza incorporando la dimensión anamnética y mimética del pensamiento a través de su crítica inmanente" (p. 175).

El capítulo cuarto está dedicado a un tema también nuclear del pensamiento

adorniano: "El hechizo de la identidad y la fuerza crítica del recuerdo". Frente a un principio de identidad que ha posibilitado la dominación de la naturaleza y de los seres humanos, conforme a la lógica de la razón instrumental, y que ha impedido plantear adecuadamente la relación entre teoría y praxis o entre lo universal y lo singular, porque ha tendido a establecerse de modo absoluto, sin tener en cuenta el carácter coactivo y negador de lo no idéntico que conlleva toda identificación, Adorno desentraña esta lógica aniquiladora de la identidad que conduce hasta el genocidio. "El genocidio es la integración absoluta, que se propaga por todos lados donde seres humanos son uniformados, pulidos, como se decía en el ejército, hasta que se los elimina literalmente en cuanto desviaciones del concepto de su compleja significancia" (pp 193-194). Adorno critica la filosofía idealista del sujeto, encarnada por Kant (universalidad del sujeto trascendental e imperativo categórico) y sublimada por Hegel al considerar éste la no identidad como un momento necesario de la identidad (el sujeto-objeto hegeliano es sujeto) y opone al hegeliano "el todo es lo verdadero" su "el todo es falso". Aunque, como comenta Zamora, la frase de Adorno no sea convertible como la de Hegel y "haya que mantener que lo falso de Adorno no es todo. Esto sería una utopía negativa contra la que Adorno se ha manifestado de manera inequívoca" (p. 206). La condición para poder cuestionar el principio de identidad es el sufrimiento. La experiencia subjetiva del sufrimiento como coacción impuesta desde la falsa totalidad del sistema posibilita que surja la actitud crítica desde y frente a dicho sistema, posibilitando asimismo la emergencia de lo no idéntico, de lo negado en las relaciones sociales. El recuerdo y la anámnesis, como dos momentos convergentes, vienen a rescatar al sujeto del olvido que conlleva la identidad cosificada. El pensar constelativo, capaz de conjugar "las

dimensiones conceptual e intuitiva, lógica y mimética de la racionalidad", que Adorno cree realizado en el arte y en el amor a los muertos (como utopía de la superación de la identidad narcisista), es el camino alternativo al de la racionalidad conceptual, el camino del pensamiento verdadero y del amor realmente vivo.

En el capítulo quinto, "Ética de resistencia desde la vida dañada", Zamora subraya, frente a quienes han visto en la dialéctica negativa de Adorno la imposibilidad de construir una ética, que "el concepto adorniano de praxis ayuda a dotar de contornos precisos al ámbito en el que hoy se plantea la cuestión moral y a perforar los rígidos límites de la filosofía práctica" (p. 249). La actitud crítica de Adorno respecto al marxismo convencional y, sobre todo, frente a la experiencia del "socialismo real" y al keynesianismo de la posguerra, que han evidenciado el fracaso de la vocación revolucionaria de un proletariado crecientemente integrado en el sistema, se expresa en su frase "los proletarios tienen algo más que perder que sus cadenas". Hay que repensar el marxismo desde la nueva situación sin caer en dogmatismos o decisionismos. Es la única forma de ser fieles a la definición que las Tesis sobre Feuerbach dieron de praxis: actividad crítico-práctico-transformadora, la cual, por definición, tiene un carácter moral incuestionable al criticar la dominación del sistema en todas sus dimensiones: socioeconómicas, políticas y culturales y, por tanto, debiendo ser siempre autorreflexión y autocrítica de las propias formas de pensar y de obrar. Este capítulo no sólo reivindica el radical carácter ético del pensamiento adorniano, sino que resalta la forma en que éste desenmascara la inmoralidad de la moral y de las filosofías morales que han servido para legitimar la lógica dominadora y reificadora del sistema. Siguiendo los pasos de Marx, Nietzsche y Freud, Adorno propone, a la vez, la crítica de la moral y de

la realidad inmoral, ya que ambas críticas se exigen y necesitan mutuamente. Ambas se alimentan de la indignación ante el sufrimiento injusto y provocan lo que Adorno llama "el impulso moral", que no se identifica ni con el sentimiento de compasión, compatible con la impasibilidad y frialdad burguesa que, a su vez, fueron compatibles con Auschwitz, ni con el mero impulso somático vivido sin la necesaria dimensión espiritual, sino que es fruto de la dialéctica "práctica". Es la praxis consciente de sus límites y de su complicidad con el statu quo, que tiene su telos en "la humanidad como utopía". "El comportamiento moral se define a partir de una doble referencia: a la humanidad realizada y a la autodeterminación del individuo. Esto significa en el estado actual de la sociedad: desde la referencia a la ausencia de ambas" (p. 270). Pero el carácter de exigencia que tiene la moral de Adorno nada tiene que ver con el imperativo categórico kantiano. La razón kantiana, como principio formal, no es ninguna garantía contra la barbarie, como la historia ha demostrado. Adorno concede la prioridad a la experiencia del sufrimiento, a la experiencia histórica concreta sobre la fundamentación racional de la norma, lo que imprime a su imperativo un carácter negativo. Formula la exigencia de negación de un estado de cosas, cuya evidencia exige "la moral de resistencia ante la inhumanidad. Sólo esta necesidad no inferible concede fuerza al imperativo adorniano. Su fuerza es la oposición contra lo negativo" (p. 272).

El libro concluye con un sexto capítulo, "Teología inversa: salvación y prohibición de imágenes", que analiza un aspecto del pensamiento adorniano muchas veces mencionado y no siempre bien entendido. Tras subrayar la importancia de la herencia teológica en la filosofía de Adorno, algo que él mismo reconoció como una influencia más de Benjamín, entre otros, y que ya en la primera fase de su pensamiento se

denominaba como "teología inversa", recuerda Zamora que ésta está directamente emparentada con la percepción kafkiana de la vida terrenal como infierno, como "imagen invertida de una vida redimida". Pero no se trata de reivindicar una teología como alternativa a las aporías e impotencia de la razón ilustrada, de la que la religión positiva también ha sido cómplice a la vez que víctima, sino de rescatar "la dimensión de verdad de sus potenciales críticos y de heredar sus momentos de protesta y resistencia frente a una inmanencia acabada y clausurada en sí misma". Esta teología inversa permite a Adorno "contemplar el mundo *sub specie redemptionis*, lo que revela la verdadera magnitud de la deformación y el deterioro de la existencia, que toda ideología encubre negándola" (p. 293) y, a la vez, presenta la salvación como el único estado que haría justicia a dicha existencia. Pero esta forma de contemplar el mundo es incompatible con la filosofía, por lo que "el único camino que le queda al pensamiento es el de la crítica a la negatividad de lo existente". Zamora comenta que Adorno parece atisbar, también, otro camino que permite traspasar los límites que él mismo ha puesto al pensamiento y que convierte a su pensamiento constelativo en un programa en el que la verdad, la justicia y la esperanza se reclaman desesperadamente. La verdad entendida como la esperanza de que la opresión y la ausencia de libertad no tengan la última palabra. Es la imposibilidad de pensar que la muerte tenga la última palabra lo que convierte al absoluto en el índice de una posibilidad de salvación. Resistirse con todas las fuerzas "contra la integración civilizadora de la muerte y contra la cosificación que se manifiesta en dicha integración" es algo que no logra la dialéctica idealista y que Adorno cree lograr a través de "la dialéctica de la verdadera desmitologización y de la necesaria secularización de la teología". Sólo "la prohibición de imáge-

nes", es decir, la prohibición de todo intento de determinación positiva, o "el arte como completa profanación de la religión", permiten realizar la crítica radical de lo existente negativo y la liberación de lo no idéntico y trascender así el inmanentismo cerrado del principio de identidad propio de la dialéctica idealista.

Hasta aquí, el texto sobre el pensamiento de Adorno que, sin duda, consigue convencer de que dicho pensamiento "está cargado de significado y de valor para el presente", propósito inicial de Zamora. Aunque, seguramente, algún lector, como el que esto suscribe, desearía haber visto más desarrolladas algunas cuestiones importantes, que tienen que ver con el "cómo las víctimas llegan a descubrir éticamente su situa-

ción negativa", o con "cuál es el sujeto social histórico al que se religan filósofos críticos, como Adorno", de tal forma que su praxis sea verdaderamente crítico-práctico-transformadora, es decir, que sea factible, plausible e históricamente suficiente. Seguramente que el autor habría respondido a estas cuestiones de haber tenido presentes las insuficiencias que, al respecto, resaltan autores como E. Dussel, a quien no se cita ni una sola vez y que en su *Ética de la Liberación* o en *Hacia una filosofía política crítica* plantea cuestiones muy pertinentes al respecto. Pero, mientras esperamos a que el profesor Zamora siga elaborando respuestas más explícitas a estas y otras cuestiones, disfrutemos con el texto que ahora tenemos.